

## LOS MUNDOS DE CHISPA

MAR GONZÁLEZ ALBERTO

Soy perra y me llamo Chispa. Pero eso es ahora. Basta un sonido, un olor, un rumor ó un susurro para transportarme a otro lugar. Llegué aquí hará pronto cuatro años. Nací de una camada sin pedigrí y mi destino estaba decidido de antemano, iría a la calle.

Por circunstancias del azar todo se confabuló para que terminara en esta casa. No puedo quejarme de mi suerte. Tengo un techo, estoy calentita, cuidada y mimada. Como de todo, he debido de tener muchas vidas como perro callejero pero curiosamente de esto no me acuerdo. Estoy sentada a los pies de mi ama aunque de verdad no sé qué nombre ponerle. Dueña no me gusta. Es más una relación de amigas aunque nuestras conversaciones estén limitadas. Vuelvo a levantar la cabeza, si, sigue ahí, escribiendo por la ventana el aire trae hasta mí un aroma de especias y me transporta hasta la India donde una vez fui una vaca sagrada. Tampoco aquella vez tuve mala suerte. Sólo que era muy aburrido, siempre de acá para allá sin destino concreto aunque debo decir que disfrutaba mucho parando el tráfico. Al final me quitaba pero no por la gente sino porque me molestaba mucho el ruido y eso perturbaba mi paz de espíritu.

La miro de nuevo y continua con lo mismo, si yo pudiera contarle todo lo que me ha ocurrido seguro que tendría para escribir un libro.

Me levanto y me estiro. Doy una vuelta alrededor de ella para cerciorarme de que en los

próximos minutos no se va a mover. Salgo al patio y olisqueo las macetas, pongo mi cuerpo al sol y éste lo agradece. Noto que mi nariz se seca y que me cuesta respirar y evoco el momento en que era un zorro del desierto. Esa vida sí que fue dura. La supervivencia no era día a día sino minuto a minuto. Escondiéndote siempre de la luz y cazando con nocturnidad y

alevosía. Tengo que dejar de ver tanta tele. Qué difícil y dura resultó esa experiencia pero no todo fue malo. Durante un tiempo me adoptó una familia española que trabajaba en una compañía petrolífera americana. Tenían dos hijas pequeñas y eran las únicas a las que permitía que estuvieran cerca de mí. La gente se maravillaba de que fuera tan dócil con ellas cuando nadie osaba acercarse. Podía oler su miedo mejor que cualquier apetitoso manjar. Pero ese respiro no duró mucho. El instinto de cazador seguía agazapado en mí y por las noches atacaba a las gallinas que tenía la familia y naturalmente entre ellas y yo las eligieron a ellas. Suspiro al recordarlo y pienso que no tenía razón el que decía que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Sigo observándola y está completamente absorta en su relato ¿de qué tratará esta vez? ojalá algún día escriba algo sobre mí, soy perra pero también tengo ego. Me echo sobre mi manta y me duermo. Sueño con ella, siempre está en mi pensamiento. Mi temor a perderla no me deja vivir tranquila. Abro un ojo y la miro. Me devuelve la mirada y me sonría. Le muevo el rabo para decirle que la he visto. Lo peor que tiene es cuando me coge en alto y chillando me dice: ¿dónde está el chocho más bonito del mundo? En ese momento me gustaría desaparecer, que me tragara la tierra. A veces pienso que es su manera de mover el rabo pero no estoy segura, sólo soy un animal. Se levanta y yo con ella, me enseña la correa y doy saltos de alegría. Nos vamos al parque. Me pasea tranquilamente mientras voy olfateando las plantas. Está cambiado el jardín, hoy está lleno de flores rojas y eso me recuerda cuando era un insecto en el Amazonas. Esa vida si que fue mala porque transmitía el paludismo. No me gustaba lo que hacía. Menos mal que un camaleón acabó pronto conmigo. ¿Suicidio? No, eutanasia.

Le hago señas de que es la hora de volver. Corro de vuelta a casa, mi terror a que me deje abandonada se quintuplica cuando estamos al aire libre.

Llegamos al calor del hogar.

¡Qué a gusto se está aquí!

Lo único en lo que le doy la razón a su pareja es cuando dice con envidia ;

Qué vida más perra lleva la mujer del perro!

2/3/12/2008